

Luces en la ciudad (y también en la carretera)

Nahela Hechavarría Pouymiró

Irse de viaje. Bordear el país de occidente a oriente es un anhelo para muchos que, en esta capital con medio siglo de fundada, aún no conocen su tierra. Porque si es cierto que La Habana podría verse como metonimia de la Isla... no *es* toda Cuba como algunos piensan. Por ello, la premisa que sentó el III Taller Casa Tomada (4-9 de Noviembre, 2019) fue *ocupar* la “Tierra y [los] Territorio[s]”, imaginarlos, recrearlos desde disímiles enfoques y prácticas creativas. Resultado, un conjunto variopinto de propuestas desde la producción editorial, el teatro, las artes visuales, el cine y la música, que iluminaron por dentro y por fuera a todos: creadores, organizadores, comunidades.

Y en ese afán de conectar, de llegar a los otros y quedarse en sus memorias, las artes visuales y sus formas de interactuar con los espacios (emplazamientos), apostaron en este proyecto por tomar áreas públicas o comunales, insertando reflexiones sobre la memoria, la identidad, las disidencias sexuales, los cuerpos y objetos como nuevos territorios de conocimiento y acción. Desde Gibara a Baracoa, con un intenso Cajobabo... el trayecto dibujado en el mapa fue sinuoso por el ir y venir de nuestro autobús mágico, cual guagua en reversa llevándonos hacia atrás, hacia el origen de la historia cubana, a la tierra donde se encontraron dos culturas hace más de cinco siglos... No se trató solo de acceder a las historias locales justo allí donde se funden con la historia nacional, no fue oír la en las voces de unos niños que evocaban desde los objetos lo intangible (las memorias) e inmediatamente arrastrarnos a recuerdos infantiles y a la formación de valores universales desde figuras que nos inspiraban a ser mejores... lo que nos cautivó de cada una de esas comunidades fue su gente, abierta y deseosa de dialogar, de recibir pero sobre todo de dar(nos) todo de sí.

Que el intercambio fue jugoso y natural no quedan dudas. Y aunque las acciones plásticas se concentraron en el oriente cubano, no olvidar que recién llegados al Mejunje (Santa Clara) y sin quitarse el “polvo del camino” los muchachos de Islagrafia bajaron sus pinturas para “estampar”¹ su huella también allí, en uno de los muros interiores de ese lugar de peregrinaje artístico. Así sus personajes quedarán en diálogo perenne con los grafitis que erizan y continuarán animando con guasa aquellas paredes. Luego, con ese mismo espíritu libre, caminando por las calles de Gibara los vi acercarse a una casa, cuyo muro les atrajo, para pedirles a sus moradores los dejaran intervenir, cualificar con sus graffias y colores su espacio habitado. De paso y casi sin esfuerzo estas huellas fueron llevándonos a lo que sería su mural final en la ciudad primada. Justo en una esquina de puro tránsito y movimiento baracoenses, de noche y con la ayuda de otros *casatomeros* (Rafael Villares entre ellos), tanto Israel Moya (Cuba, 1987) como Rubén Cabra (Cuba, 1997) atacaron el muro lateral de la casa de la AHS de esa ciudad con el mismo impulso que antes en Gibara o Santa Clara.

En Baracoa, ciudad cuya historia entrelaza no solo las grandes producciones de cacao y café, si no la presencia tanto aborígen, como española y posteriormente africana, Moya y Cabra propiciaron el diálogo de un campesino con machete al hombro y un mítico ser residiendo al interior de un gallo magnificado. Humanos, animales o espíritus confluyendo y apreciándose uno a otro, con-viviendo en un muro, como mismo en las calles bulliciosas de aquella ciudad.

¹ La formación dentro del grabado y la estampa de ambos es un antecedente a tener en cuenta.

El cromatismo profuso de las imágenes quedará allí como expresión del crisol de cubanía que es ese extremo oriental de la Isla.

Pero el color no solo tomó los muros. En este viaje, al menos por un par de horas, el rosa fucsia de un conjunto de banderas ondeantes en el tramo de playa llamado Bayado, en la ciudad costera de Gibara, llamó la atención de paseantes y vecinos. De hecho, la acción performática de Esvin Alarcón Lam (Guatemala, 1988), que erigió una a una estas astas abanderadas con el viento batiendo y corporeizando su presencia, devino reflexión acerca de los espacios por conquistar, de las luchas y resistencia del movimiento LGTBI a lo largo de la historia, aquí emplazados concretamente en la referencia a países caribeños “donde precisamente la homosexualidad es ilegal, en este caso: Antigua y Barbuda, Barbados (se impone cadena perpetua), Dominica, Granada, Jamaica, San Cristóbal y Nieves, San Vicente y las Granadinas y Santa Lucía.” El color rosado usado como “marca” para reconocer los homosexuales durante la Alemania nazi, es pues un contra-signo. Re-apropiarse de una práctica denigrante y devolverla cargada de nuevo significado ha sido la estrategia perfecta de los sujetos subalternos, su modo de resistir y afirmarse. En *Maricaribe*, Esvin planteó la pregunta, no al viento sino al mar que llegaba a tocar algunas de las astas, y cuyas ondas replicantes irían de ida y vuelta a las costas de este archipiélago que conforman las islas todas del Caribe. Un cuestionamiento necesario y puntual, que nos incita a ser, justamente, más humanos.

Y en ese recorrido cultural que el III Taller Casa Tomada propició, deambular por las ciudades y comunidades visitadas fue una regla. Cómo si no apre(he)nder las esencias. Hablar con la gente, nutrirse de sus historias de vida, caminar por las calles como siglos atrás sus antecesores hicieron, eso nos acercó definitivamente más. Así, Estela López Solís (México, 1978) supo aprovechar la rica savia histórica de Baracoa, sus *Deambulaciones* por la ciudad junto al arquitecto-historiador Enrique Floirián y un grupo diversos de personas hicieron de la madeja rojinegra que la artista entregó a los participantes, el símbolo perfecto: el hilo por el cual tirar para (des)tejer la historia nacional y baracoense. Los tópicos relacionados con la memoria, la esclavitud y el coloniaje cultural (temas de investigación de parte de la obra de la artista) emergieron en las voces de Floirían y Estela, pero resonaron definitivamente en las mentes de los participantes que, desde la salida del Museo-Fuerte de Matachín y hasta la placita de la Iglesia de Baracoa, desandaron la ciudad para ver reveladas quizás algunas ignoradas huellas de su pasado. Como apuntara la artista: “Camino hacia atrás, pero no camino sola, la palabra es mi camino, la palabra es la memoria.”

Y en ese camino hacia atrás, hacia el espacio ignoto de la memoria, nos fuimos también a Cajobabo (Imías, Guantánamo, por más señas). Decir que fue una experiencia única, sería pobre e inexacto. Fue una experiencia única y múltiple a la vez, que imaginamos, pero superó toda previsión. Allí en el Museo 11 de abril, a escasos metros del lugar del desembarco martiano en 1895, el encuentro con la historia, la comida y las tradiciones de una comunidad auténticamente cubana, diríase que con ese sabor primigenio que da el saberse cerca de la tierra, sentimos (y creo hablar por muchos si no todos los *casatomeros*) que los territorios son también, por supuesto, sus habitantes. De lo que allí aconteció no sería justo enumerar en rápido y apretado relato. Baste decir que del encanto de una obra de teatro de sombras seguimos al cine joven en una misma pantalla...y que nos sentamos todos (visitantes y residentes) en el espacio que mediaba entre dos obras *site specific* de la autoría de Laurent Hernández (Colombia, 1990) y Rafael Villares (Cuba, 1989).

Si me refiero a ambas piezas como proyectos *site specific* se debe a que aunque ambos artistas sabían que allí exhibirían sus propuestas, *in situ* fueron repensados los emplazamientos definitivos. Laurent, que viene de una formación documentalista con un trabajo sobre los campesinos desplazados en Colombia debido a los enfrentamientos sangrientos con los ejércitos paramilitares, presentó su serie *Rostros en resistencia* con retratos de protagonistas de esta lucha en diversas comunidades campesinas perseguidos por su toma de posición frente a la violencia y la muerte. Lo singular devino que el montaje de las fotografías ocupó las paredes de una casa tipo campesina enclavada en una de las áreas del museo. Este modelo de casa campesina cubana guarda similitudes en cuanto a materiales y distribución de espacios con la histórica casa del campesino andino en Colombia. Continente y contenido convergían pues haciendo de la experiencia de visita a una exposición, una suerte de apropiación del *enviroment*: la re-creación de ambiente donde las realidades del campesinado colombiano y cubano lograban fundirse, trayendo cerca nuestro problemáticas distantes en espacios transidos por la memoria reciente de la guerra y la violencia como lo es Colombia. Hablar en fin de resistencia desde las culturas resistentes que pululan en cada una de nuestras tierras y/o territorios.

Igualmente, la intervención de Rafael Villares apostó por tomar el entorno externo del museo, para en una de sus áreas laterales crear un camino de luz (con 20 tubos de lámparas LED) que nos guiaban a una estructura/casa/refugio que bien podría rememorar los caneyes primigenios de los primeros moradores cubanos, de una manera sintética y con una belleza sobrecogedora. Cómo un dibujo encendido en la noche cerrada, el emplazamiento de la pieza en diagonal a la casa tipo campesina contraponía una mirada futurista casi, en tanto la introducción de la tecnología LED poco a poco va haciéndose accesible en la isla y conforme su uso se extienda se verán sus beneficios ecológicos y ahorrrativos. Se introduce así lateralmente la pregunta por el uso consciente de los recursos tecnológicos a nuestro alcance quizás como nuestros antepasados respetaron y usaron racionalmente seguro los recursos naturales hace más de medio milenio. Iluminados terminamos esa noche todos y encendidos nuestros sensores por el intercambio y la complicidad de un Cajobabo extraordinario, como nuestro viaje.

Esas luces de ciudad que a corto plazo iluminaron nuestro camino ciudadano, tornaron en la carretera a ser luces de largo alcance, como precisamente alcanzamos todos a proyectar una ruta en la que el arte, la memoria, el presente y el futuro pudieran ser imaginados. Luces de ciudad fuimos también en el viaje al Este. Solo queda, en otra vuelta, girar al occidente, y seguir iluminando(nos) tierra adentro.